

LA PREHISTORIA DE HUESCA: RASGOS GENERALES

V. Baldellou*

I. INTRODUCCIÓN

Hace poco más de cuatro años, al emprender la redacción del primer ensayo de síntesis sobre la Prehistoria altoaragonesa, hacía referencia a la escasez de datos disponibles y a las numerosas lagunas de conocimiento que en dicha materia existían, sentando previamente las dificultades que entrañaba, con tal estado de cosas, elaborar un estudio coherente y dotado de las garantías científicas exigibles.¹ Hasta ese momento, los trabajos sobre el tema referidos a la actual provincia de Huesca, se veían generalmente insertos en esquemas más amplios dedicados a Aragón, desde los antecedentes representados por Bosch y Galiay,² hasta las fundamentales obras de Antonio Beltrán³ y otras muy recientes de diversos autores.⁴

En la actualidad, y aunque no pueda decirse todavía que las antedichas lagunas hayan desaparecido por completo, el panorama ha variado de forma notable y la sistemática labor investigadora del Museo de Huesca, por entonces en sus inicios, ha empezado a dar sus frutos y ha venido a enriquecer

* Museo de Huesca.

¹ BALDELLOU, V. (1976), «La Prehistoria», en *Alto Aragón, su historia, cultura y arte*, Madrid, p. 8.

² BOSCH GIMPERA, P. (1923), «Notes de Prehistòria aragonesa», *Butlletí de l'associació catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistòria*, 1, Barcelona, p. 15. GALIAY, J. (1945), *Prehistoria de Aragón*, Zaragoza.

³ BELTRÁN, A. (1951), «Las investigaciones arqueológicas en Aragón», *Caesaraugusta*, 1, Zaragoza, p. 19; (1974-75), *Aragón y los principios de su Historia*, Zaragoza; (1978), *De Arqueología aragonesa*, Zaragoza; (1980), «Arqueología aragonesa», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 119; (1980), «Aragón Prehistórico», en *Aragón en su Historia*, Zaragoza, p. 20.

⁴ MARTÍN BUENO, M. (1977), *Aragón arqueológico: sus rutas*, Zaragoza. VARIOS: *Atlas del Aragón antiguo*, Zaragoza (en prensa).

considerablemente las fuentes de información al respecto. En efecto, los recientes descubrimientos que han tenido lugar en las comarcas oscenses posibilitan ya el conocimiento a grandes rasgos de las diferentes culturas que se sucedieron en nuestro solar, al tiempo que nos permiten emitir las primeras teorías sobre su origen, extensión y desarrollo.⁵

El medio geográfico

De todos es sabido la importancia determinante del entorno natural, a la hora de plantearnos la conducta de las primitivas comunidades humanas y de explicarnos el carácter de sus elementos culturales. Opino que no hace falta insistir en este punto para justificar la inclusión, como premisa imprescindible, de un sucinto repaso a las características físicas del Altoaragón, antes de entrar propiamente en el tema al que alude el título de este trabajo.

En términos amplios, la provincia de Huesca ofrece dos zonas geográficas muy bien personalizadas y con una constitución morfológica totalmente distinta: *la montaña* y *la tierra baja*, según se conocen en el lenguaje popular de estos contornos.

La montaña abarca genéricamente las comarcas de Jacetania, Sobrarbe y Ribagorza y parte del Somontano y de la Hoya de Huesca. Presenta dos unidades estructurales básicas: el *Pirineo axil* o eje pirenaico y el *Prepirineo* o Pirineo calizo. El *Pirineo axil*, compuesto por materiales paleozoicos plegados, es un terreno muy abrupto, con todas sus cotas por encima de los 3.100 metros de altitud. Las glaciaciones cuaternarias afectaron fuertemente a este sector.

El *Prepirineo*, formado por materiales predominantemente calcáreos y algunas margas, se subdivide a su vez en *Sierras Interiores* y *Sierras Exteriores*, con una *Depresión Media* abierta entre ellas, que las separa.

Las *Sierras Interiores* configuran una alineación adherida al *Pirineo axil*, de materiales calizos estratificados, con alturas que oscilan entre los 2.000 y 3.000 metros. En época paleozoica sufrieron también intensamente los efectos de las glaciaciones. Por el contrario, las *Sierras Exteriores* mues-

⁵ BALDELLOU, V. (1978), «Breves notas sobre Prehistoria altoaragonesa», en *Aragón* 2000, n.º 38, Zaragoza, p. 40; «Breves notas sobre el poblamiento primitivo del Alto Aragón», en *El Periódico de Huesca*, 10 de agosto de 1970; (1980), «Consideraciones sobre el estado actual de la investigación prehistórica en el Alto Aragón», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 147; (1980), «Consideraciones sobre el poblamiento prehistórico del Alto Aragón», *Bajo Aragón, Prehistoria*, 2, Zaragoza, p. 73. DOMÍNGUEZ, A. (1980), «Síntesis de las investigaciones prehistóricas en la provincia de Huesca», *II Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 153. UTRILLA, P. (1980), «Bases teóricas para una prospección arqueológica de la provincia de Huesca. I. Época pre y protohistórica», *II Jornadas de estudios sobre Aragón*, Zaragoza, p. 159.

tran un relieve menos enérgico y sus cimas extremas sobrepasan escasamente los 2.000 metros. Entre ambas subcordilleras se abre la *Depresión Media*, pliegue geológico de forma cóncava relleno de margas y otras rocas blandas, las cuales han producido un excelente suelo agrícola que contrasta en gran manera con las pocas posibilidades de cultivo que proporcionan las montañas limítrofes. La *Depresión Media*, larga y estrecha, de unos 80 kilómetros de longitud por 20 de anchura, se prolonga, con algunas interrupciones, por Cataluña en la cuenca de Tremp y por Navarra en la cuenca de Pamplona.⁶

La Tierra Baja ocupa las comarcas de Monegros, Bajo Cinca, Litera y la mayor parte de la Hoya de Huesca y del Somontano. Constituida principalmente por componentes blandos como son las areniscas y las arcillas, tiene un índice pluviométrico muy inferior a la montaña. Representa la región con mejores recursos agrícolas, con cultivos intensivos de cereales y con algunos sectores de frutales y huerta. Aunque su morfología no se corresponde en absoluto con la de una llanura, sus accidentes orográficos tienen escasa entidad, destacando entre ellos la Sierra de Alcubierre, que se alza en los límites meridionales de la provincia.

II. FASES CULTURALES DE PREHISTORIA OSCENSE

Comentario previo

A través de esta escueta visión dada sobre el aspecto geográfico del Altoaragón, puede sacarse como conclusión la existencia de tres hechos fundamentales que, según mi idea, conformarán de modo inequívoco el mecanismo seguido por las distintas sociedades prehistóricas en su proceso de asentamiento en el territorio oscense, incidiendo en gran manera sobre el desarrollo humano y cultural del Altoaragón durante las primeras etapas de su devenir histórico:

1. El Pirineo central, con sus cotas rebasando los 3.000 metros y su escarpado relieve, es poco penetrable. Los puertos son escasos y casi siempre se encuentran situados en altitudes superiores a los 2.000 metros, hecho que lo diferencia fundamentalmente de los tramos vasco-navarro y catalán de la misma cadena montañosa, donde los pasos son mucho más frecuentes como consecuencia de un claro aminoramiento de la altura de sus picos. Por este motivo, las comunicaciones entre ambos lados de la cordillera pirenaica aragonesa son difíciles incluso hoy y puede decirse que es precisamente allí donde el Pirineo se constituye en una auténtica barrera.

⁶ URQUIJO, A. (1975), *Alto Aragón, su naturaleza*, Madrid.

Por el contrario, las posibilidades de comunicación hacia el este y el oeste son excelentes a través de la Depresión Intermedia, que pone en contacto las tierras altoaragonesas con Navarra y Cataluña, por medio de un eje transversal de cómodo tránsito y con considerables recursos naturales. Las relaciones de Huesca durante su Prehistoria se tienen que explicar probablemente en este sentido, pues los descubrimientos arqueológicos parecen indicarnos que la región altoaragonesa jugó un claro papel de territorio-puente entre oriente y occidente, recibiendo influjos en ambas direcciones y beneficiándose alternativamente de la preponderancia cultural de cada una de las regiones colindantes. Las influencias de origen meridional, que sin duda existen, se nos muestran menos patentes en el estado actual de la investigación y parece que llegan a nuestras comarcas de una forma mucho más tamizada.

2. Salta a la vista el fuerte dualismo existente entre las comarcas montañosas oscenses y las que constituyen la denominada «tierra llana». Las peculiaridades de ambos sectores no se reducen a aspectos geográficos, sino que atañen también a factores de tipo económico, de hábitat, lingüístico, costumbrista e incluso humano. Este dimorfismo, patente todavía en la actualidad, hunde sus raíces en la Prehistoria, durante la cual llano y montaña concederán una evolución específica, turnándose sucesivamente en la supremacía cultural.
3. La configuración geográfica del Altoaragón no da a entender que nos encontremos ante una unidad física cerrada o difícilmente accesible, lo que acarrearía un aislamiento natural que tendría un claro reflejo en su desenvolvimiento histórico. Tampoco las fuentes arqueológicas apuntan en esa dirección. Hoy por hoy, no hay ningún tipo de razón que permita mantener los conceptos de aislacionismo y de retraso arcaizante que en ocasiones se han aplicado al desarrollo cultural del Altoaragón durante la Prehistoria. La referencia a los mismos respondía más bien a unos intentos de generalización con defectos de conocimiento que a un hecho real. Las últimas investigaciones demuestran lo contrario y vienen a confirmar que la región altoaragonesa marchó al mismo ritmo que las culturas prehistóricas propias del ámbito occidental europeo al que pertenece.

Al sentar estos tres puntos y al concederles una importancia básica a causa de su influencia sobre las corrientes culturales que arribaron a la región aragonesa durante su Prehistoria, me estoy refiriendo a los términos generales y no a aspectos excesivamente detallados. No hago más que ceñirme a la intencionalidad y enunciado de este trabajo, a pesar de los riesgos inherentes. Soy consciente de que las exposiciones demasiado sintéticas pueden caer en el simplismo al no ofrecer la posibilidad de profundizar so-

bre determinados factores, pero pienso que su utilidad es indudable cuando se aplican a visiones de conjunto con una dimensión amplia; por ejemplo, es más que probable que existiesen contactos entre grupos humanos instalados a ambos lados de la cadena pirenaica y que tales relaciones se dejan traslucir en algún yacimiento concreto, pero resulta evidente que esta circunstancia carece de la suficiente envergadura para romper un esquema basado en conceptos de índole más generalizada, el cual no deja de ser válido pese a ello.

El Paleolítico y el Mesolítico

Ambos períodos constituyen, por el momento, la fase menos conocida de la Prehistoria oscense. Esta falta de datos no es exclusiva de la región altoaragonesa, sino que significa la tónica general en toda la cuenca media del Ebro, excepción hecha de determinados sectores aislados.

No obstante, las prospecciones que metódicamente se vienen realizando en la provincia empiezan a cubrir algunos vacíos, pero no los necesarios para que la información sobre estas etapas culturales sea lo satisfactoria que fuera de desear.

El reciente descubrimiento de los yacimientos al aire libre de la *Gravera de San Bartolomé* y de *Castelló del Plà*, ambos en la Litera, retrotraen la presencia de ocupaciones humanas en el Altoaragón, al Paleolítico Medio,⁷ con industrias musterienses en sílex y cuarcita cuya filiación no ofrece ningún género de dudas. Asimismo, la excavación de la *Cueva de la Fuente del Trucho* (Asque, Colungo) —todavía en curso— ha servido para ampliar el panorama con la aparición de un rico complejo musteriense, cuyo estudio detallado se está realizando en la actualidad. Esta cueva, abierta en los farallones calizos de un barranco lateral del río Vero, fue precisamente el hallazgo arqueológico más importante de los últimos años al señalarse en sus paredes representaciones pictóricas fechables en el Paleolítico Superior. En la misma barrancada, aguas arriba y a menos de un kilómetro de distancia, se localizaron pinturas levantinas y esquemáticas en tres abrigos ubicados en la llamada *partida de Arpán*.

El conjunto formado por dichas covachas pintadas configura un claro exponente del papel de territorio-puente que antes hemos atribuido al Altoaragón, pues si bien el arte rupestre esquemático tiene un área de difusión muy extensa en la Península Ibérica, no sucede lo mismo con los artes paleolítico y levantino, que se ciñen a unas zonas más estrictas y que hasta ahora no se habían encontrado juntos en un mismo lugar. Mientras el prime-

⁷ MIR, A. y ROVIRA, J. (1978), «El yacimiento paleolítico de superficie de Castelló del Plà (Pilzán, Huesca)», *Speleon*, 24, Barcelona, p. 147.

ro responderá a una influencia de origen probablemente occidental, el segundo representaría una ramificación hacia el interior de un foco centrado en el litoral mediterráneo. Salvando las distancias cronológicas entre los dos artes, su asociación física en el barranco de Villacantal constituye un caso único cuya importancia ha de ser valorada en toda su dimensión.⁸

Por el momento, los únicos indicios industriales que se poseen referibles al Paleolítico Superior, se reducen a algunas piezas que, de forma esporádica, han aparecido en la ya citada cueva de la Fuente del Trucho. Esta escasez de datos respecto a los asentamientos habitacionales se debe, con toda seguridad, al caprichoso azar que rige en las exploraciones arqueológicas y queda en parte compensada con la presencia de las pinturas del Trucho. Por otro lado, la inclusión plena del Altoaragón en el marco cultural del arte franco-cantábrico revaloriza en cierto modo los *maccaroni* descubiertos con anterioridad en la *Cueva del Forcón* (San Juan de Toledo), cuya calificación como paleolíticos resultaba harto arriesgada por encontrarse desplazados del supuesto ámbito de dispersión de este tipo de arte rupestre. Dejando un margen para la duda en razón a la falta de elementos característicos —no hay figuraciones naturalistas—, los grabados sobre arcilla del Forcón podrían perfectamente considerarse como un ejemplo más de los influjos que, procedentes del W., alcanzaron las tierras altoaragonesas durante la etapa paleolítica.⁹

El desconocimiento es también notable en lo que atañe a los hábitats epipaleolíticos. Hasta ahora, carecemos en absoluto de complejos industriales típicamente mesolíticos y sólo podemos contar con algunas colecciones de objetos, de tipología postpaleolítica y sin cerámicas en su contexto, halladas en superficie en las comarcas del Bajo Cinca y Monegros. Se trata de las facies macrolíticas señaladas por Pita en los alrededores de Fraga, especialmente la de *Cardell Vallmateu* (o Cardiel Valmateo), actualmente en estudio por parte de Pilar UTRILLA, y de una estación localizada muy recientemente, próxima a Peñalba, de una filiación cultural idéntica a la de los yacimientos del Cinca.

⁸ BELTRÁN, A. (1979), «Las pinturas rupestres de Colungo (Huesca): problemas de extensión y relaciones entre el arte paleolítico y el arte levantino», *Caesaraugusta*, 49-50, Zaragoza, p. 81; BALDELLOU, V., «El arte rupestre del río Vero», *Nueva España*, 10 de agosto de 1980; (1980), «Los abrigos pintados del río Vero», *Entremuro*, Barbastro, p. 34. BELTRÁN, A. y BALDELLOU, V. (1979), «Avance del estudio de las cuevas pintadas y del barranco de Villacantal», *Simposio de Arte Rupestre en conmemoración del I Centenario del descubrimiento de Altamira*, Madrid (en prensa). BALDELLOU, V., «El descubrimiento de los abrigos pintados de Villacantal, en Asque (Colungo, Huesca)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellanense*, VI, Castellón de la Plana (en prensa).

⁹ BALDELLOU, V.; CASADO, P. y MARCO, F., «La Cueva del Forcón», *Bolskan*, 1, Huesca (en prensa).

El Neolítico

Cuando llegamos a los documentos arqueológicos propios del Neolítico, la panorámica se transforma por completo y se hace patente un cambio total a nivel de estímulos externos. La cornisa cantábrica, núcleo de gran potencialidad en tiempos paleolíticos, pierde su papel preponderante y va a seguir un desenvolvimiento hasta cierto punto marginal con referencia a los progresos económicos y tecnológicos que moldearán la nueva era histórica.

Existe un desplazamiento del foco irradiador de cultura y la civilización neolítica va a florecer con fuerza considerable en los territorios costeros mediterráneos, en Catalunya y en el País Valenciano. Ambas regiones conocerán un momento de intensa vitalidad que les llevará a extender sus relaciones con zonas del interior ya notablemente alejadas del litoral marítimo. Los contactos provenientes de la costa introducirán en el Altoaragón las formas económicas de producción representadas por la agricultura y la ganadería y también el uso generalizado de la cerámica, caracterizada por la peculiar forma de ornamentación (cerámica impresa y cerámica cardial) que la ha convertido en el fósil director de los yacimientos neolíticos. Sólo a través de este influjo oriental se puede explicar la aparición de la alfarería cardial en la *Cueva de Chaves* (Bastarás),¹⁰ asociada a una cultura material típicamente mediterránea y con una datación por radiocarbono de mediados del V milenio a. C. que está en total consonancia con las cronologías establecidas en otras estaciones costeras de la misma índole. La magnífica gama de cerámicas impresas de la *Espluga de la Puyascada* (San Juan de Toledo), de la ya citada *Cueva del Forcón*, de la *Cueva de la Miranda* (Palo) y, en menor medida, del *Covacho de Huerto Raso* (Lecina), ofrece también una indudable evocación marítima, a pesar de ciertas matizaciones de procedencia local.¹¹

La ausencia de decoraciones cardiales en estos últimos yacimientos y las fechas de radiocarbono de primera mitad del IV milenio para el nivel neolítico de la *Puyascada*, nos sugieren un estado tardío dentro del esquema cronológico de periodización del Neolítico de la cerámica impresa, pero no indican un uso arcaizante de las técnicas ornamentales por impresión en la región altoaragonesa. En efecto, las fechas de la *Puyascada* tienen plena co-

¹⁰ BALDELLOU, V. (1977), «Excavaciones en la Cueva de Chaves (Bastarás, Huesca)», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, Zaragoza, p. 245. G. I. E. (1973), «La Cueva de Chaves», *Boletín de contribución al catálogo espeleológico de la provincia de Huesca*, 3, Huesca, p. 11.

¹¹ BALDELLOU, V., «El Neolítico del Alto Aragón», *Volumen in Memoriam Concepción Fernández-Chicarro*, Subdirección General de Museos, Madrid-Sevilla (en prensa). BARANDIARÁN, I. (1976), «Materiales arqueológicos del Covacho de Huerto Raso», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, Salamanca, p. 217.

respondencia con otras pertenecientes a yacimientos situados en Cataluña y Francia meridional, zonas más próximas al mar y, por lo tanto, más abiertas a nuevas aportaciones culturales.

Hay que tener en cuenta que es precisamente en ese momento cuando se rompe la unidad tipológica asumida por la cerámica cardial y se produce una atomización de las modas alfareras, adoptando los grupos neolíticos unas expresiones materiales más diversificadas y siguiendo una evolución poco uniforme en tal aspecto.

Esta atomización aparece clara en otros sectores geográficamente próximos. En Cataluña, por ejemplo, tras la poderosa eclosión de las formas cardiales, éstas van degenerando y surgen facies locales que las substituyen: en la Cataluña Norte se impondrán las cerámicas tipo *Montboló*,¹² mientras que, más al Sur, otras clases de alfarería —como las decoraciones plásticas de la *Cova de la Font del Molinot*—¹³ conocerán una relativa difusión. En algunas estaciones, las impresiones continúan utilizándose hasta que nuevas corrientes culturales neolíticas acaban por hacerlas desaparecer definitivamente y unifican nuevamente el conjunto.

Así pues, la perduración de las ornamentaciones impresas en el Altoaragón no representa un caso aislado, sino que responde a un fenómeno más amplio y generalizado, puesto en evidencia en otras comarcas teóricamente menos marginales.

La indudable relación que existe entre el Altoaragón y las tierras mediterráneas durante el Neolítico, propicia la idea de que fuera durante este período cuando se ejecutasen las figuras levantinas de *Arpán*. Dentro de este apartado, señalaremos como importantísima novedad el descubrimiento de nuevas manifestaciones pertenecientes a este estilo en la *Cueva Regacens o Recasenz* y en la partida de *Los Litonares* (Os Litonars), ambas sitas asimismo en monte de Asque y en término municipal de Colungo. En la última se ha señalado una figura —probablemente de cérvido— muy mal conservada, pero lo suficientemente característica, mientras que la primera encierra una representación de un cáprido y otra de un cérvido. Si bien la de cáprido no permite titubeos en cuanto a su atribución estilística, la segunda resulta menos segura, pues en época posterior se repintó toscamente el cuerpo del animal y solamente la cabeza y la cornamenta dejaron de verse afectadas por la operación. A la vista de lo conservado, da la impresión de que la testuz, de

¹² GUILAINE, J. (1974), *La balma de Motboló*, Toulouse.

¹³ BALDELLOU, V. y MESTRES, J. (1977), «La Cova de la Font del Molinot. Una nueva facies neolítica», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, Zaragoza, p. 249. BALDELLOU, V.; GUILAINE, J.; MESTRES, J. y THOMMERET, Y. (1975), «Datations C 14 de la Grotte de la Font del Molinot», *Pyrenae*, XI, Barcelona, p. 151.

tono más claro, podría clasificarse como levantina, mientras que el cuerpo, burdamente conseguido, se rehízo en estilo esquemático. A este último pertenecen también otras figuras que se encuentran en el mismo abrigo.

El Megalitismo

Durante el Neolítico final y el Eneolítico, la función de la región altoaragonesa como puente entre civilizaciones vecinas volverá a precisarse. La utilización de los sepulcros megalíticos como forma generalizada de enterramiento por inhumación, se extenderá ampliamente, tomando carta de naturaleza en la cadena pirenaica. En la misma se formarán dos núcleos culturales de considerable potencia —el catalán y el vasco-navarro— cada uno de ellos producto de corrientes distintas y con una personalidad bien definida, a pesar de la existencia de numerosos e importantes elementos comunes a ambos círculos. Entre ellos, la montaña oscense ofrece una densidad mucho menor de monumentos dolménicos, aunque las prospecciones que se vienen efectuando van incrementando progresivamente su cifra. Sin embargo, no cabe pensar que el número de megalitos aragoneses pueda verse aumentado hasta el punto de alcanzar una cantidad comparable a la de los territorios contiguos. Parece fuera de discusión el hecho de que no nos encontramos ante un foco originario de megalitismo, ni siquiera ante un grupo importante, pero ello no quiere decir que la provincia oscense vaya a quedar al margen de las directrices culturales del período. El megalitismo aragonés recibirá influencias de ambos lados y no hay razones para suponer que su desarrollo sea más tardío que el de las zonas vecinas. Si algo se nos muestra claro una vez más es su carácter abierto a los contactos hacia el este y el oeste, ya que lo más probable es que el complejo dolménico altoaragonés no pudiera explicarse si no fuera a través de la existencia de los dos núcleos mencionados.¹⁴

¹⁴ ALMAGRO, M. (1935), «Exploración de los primeros sepulcros aragoneses», *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Arqueología, Etnología y Prehistoria*, XXII, Madrid, p. 27; (1942), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», *Ampurias*, IV, Barcelona, p. 155; (1944), «La cultura megalítica en el Alto Aragón», *Ampurias*, VI, Barcelona, p. 311. ANDRÉS, T. (1972), «Sobre la tipología de los sepulcros eneolíticos», *Estudios*, I, Zaragoza, p. 49; (1975), «La estación megalítica de Guarrinza (Huesca). Nuevas investigaciones», *Miscelánea arqueológica dedicada a Antonio Beltrán*, Zaragoza, p. 69; (1975), «La estación megalítica de Cornudella», *Noúciario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, IV, Madrid, p. 37; (1976), «Sobre los cromlech pirenaicos», *II Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, p. 109; (1977), *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la cuenca media del Ebro*, Zaragoza; (1977), «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la

El Eneolítico pleno

Por lo visto hasta aquí, si exceptuamos las estaciones al aire libre que han dado industrias de dudosa clasificación epipaleolítica, puede concluirse que los primeros estadios de la Prehistoria altoaragonesa han dejado sus restos únicamente en las comarcas montañosas de la región, quedando la tierra llana prácticamente en blanco en cuanto a la presencia de yacimientos arqueológicos. Aunque este hecho no puede ser utilizado de forma categórica por constituir un dato negativo, hemos de señalar que las tareas prospectoras se han efectuado con la misma intensidad tanto en la zona alta como en la baja, pero los resultados han sido completamente distintos.

Dicha circunstancia es hasta cierto punto lógica dadas las diferencias geomorfológicas de ambas regiones y las características definitorias de los diversos círculos culturales prehistóricos. La preferencia por la forma de hábitat troglodítico durante el Paleolítico y el Neolítico y la casi absoluta ausencia de cuevas en el llano es un aspecto que podría explicar en parte el fenómeno. Otro factor de tipo económico lo condicionaría desde otra faceta: mayor abundancia de caza en los terrenos abruptos durante el Paleolítico y escasa implantación de la agricultura, frente a una mayor aceptación de las actividades pastoriles, durante el Neolítico. En efecto, por los datos que podemos manejar en la actualidad, parece que la tierra baja no conoce una ocupación humana digna de tenerse en cuenta hasta que empiezan a explotarse sus posibilidades agrícolas.

cuenca media del Ebro. Consideraciones críticas», *Príncipe de Viana*, 146-147, Pamplona, p. 65; (1977), «El poblamiento del Neolítico y Eneolítico en la cuenca media del Ebro en relación con los yacimientos funerarios», *Estudios*, III, Zaragoza, p. 33; (1978), «El utillaje de piedra tallada en los sepulcros de época dolménica del Valle del Ebro», *Caesaraugusta*, 45-46, Zaragoza, p. 15. BALDELLOU, V. (1975), «Dos nuevos dólmenes en las cercanías de Villanúa», *Boletín de la Asociación Cultural Altoaragonesa*, Villanúa. BALDELLOU, V. y ANDRÉS, T. (1978), «Megalitismo Altoaragonés: últimas novedades», *III Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà (en prensa). BELTRÁN, A. (1952), «Acerca de los dólmenes pirenaicos occidentales», *Archivo Español de Arqueología*, XXV, Madrid, p. 345; (1953), «Notas sobre la cultura pirenaica del Alto Aragón», *III Congreso Arqueológico Internacional*, Zaragoza, p. 57; (1954), «Un nuevo dolmen en la Sierra de Guara», *Caesaraugusta*, 4, Zaragoza, p. 131; (1954), «Los dólmenes del Pirineo», *Congreso de Estudios Pirenaicos*, Luchon; (1954), «Noticia sobre exploraciones dolménicas», *Caesaraugusta*, 4, Zaragoza, p. 125; (1955), «El dolmen de Tella», *Caesaraugusta*, 6, Zaragoza, p. 242; (1961), «Exploraciones dolménicas en el Pirineo Oscense», *Noticario Arqueológico Hispánico*, Madrid, p. 72. CASADO, P. (1973), «Notas para el estudio del dolmen de Rodellar», *Estudios*, II, Zaragoza, p. 25. CAVA, A. (1975), «La estación megalítica de Cornudella. Estudio del material lítico», *Noticario Arqueológico Hispánico*, *Prehistoria*, 4, Madrid, p. 77. ELÓSEGUI, J. M. y LEIZAOLA, F. (1973), «Nuevo dolmen en el Pirineo oscense», *Munibe*, XXVI, 1-2, San Sebastián, p. 99. EZQUERRA, R. (1933), «Redescubrimiento de un dolmen aragonés», *Aragón*, Zaragoza, p. 103; (1934), «Redescubrimiento de un dolmen aragonés», *Investigación y progreso*, Madrid, p. 33. GARCÉS, J. M., «El dolmen de Letranz», *Heraldo de Aragón*, 20-11-74. HERRÁIZ, R. (1934), «Los dólmenes de Biescas», *Aragón*, VII, Zaragoza, p. 125.

Así, aunque en los territorios bajos oscenses faltan por completo los sepulcros megalíticos, ya durante el Eneolítico —seguramente en una fase avanzada— se empiezan a instalar en ellos pequeños grupos humanos dedicados principalmente a la agricultura. El número de asentamientos conocidos de este momento es todavía muy escaso, pero nos testimonian por vez primera una práctica económica muy poco documentada hasta ahora.

Señalaremos los pequeños poblados de *Peña del Agua*, *Gabarda*, *El Villar*, y especialmente, *El Portillo* de Piracés, recientemente excavado, con abundantes cerámicas con decoraciones incisas e impresas de tipo campaniforme. La aparición de hojas de hoz y de una buena cantidad de molinos nos habla de un régimen de vida basado esencialmente en las labores agrícolas. Resulta tentador relacionar la difusión del Vaso Campaniforme con el origen de las primeras explotaciones del agro altoaragonés, pero tal aseveración, si bien puede tomarse en consideración como mera hipótesis de trabajo, carece todavía de bases sólidas que la sustenten.¹⁵ Por otro lado, dicha problemática debería abordarse desde un enfoque más amplio, incluyendo el Altoaragón en el ámbito geográfico general al que pertenece.¹⁶ Hoy por hoy sólo podemos decir que los asentamientos iniciales de grupos agricultores tienen lugar durante una etapa más bien tardía dentro del Eneolítico y que son exclusivos de la tierra baja.

La Edad del Bronce

En la Edad del Bronce, la diferenciación entre llano y montaña se hará todavía más evidente. Las comarcas altas, aferradas aún a la economía eminentemente pecuaria, continuarán con la preferencia hacia las cuevas como lugares de habitación y ningún cambio profundo modificará las formas de vida tradicionales. El papel que jugarán será un tanto marginal y los nuevos tiempos se traducirán en la adopción de unos materiales distintos (cerámicas con decoración plástica, asas de apéndice) que se intercalarán en su cultura ancestral sin significar un rompimiento brusco.

Por el contrario, la tierra baja adquirirá una importancia progresiva propiciada por la expansión inusitada de las prácticas agrícolas, las cuales llegarán a convertirse en el elemento fundamental de su economía. En la Edad del Bronce, las comarcas bajas conocerán una época de esplendor que acarreará un notable aumento de la densidad de población, fácilmente com-

¹⁵ BALDELLOU, V. y MORENO, G. (1978), «El hábitat campaniforme en el Alto Aragón», *III Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà (en prensa).

¹⁶ MORENO, G. (1971-72), «Cerámica campaniforme de la cuenca media y alta del Ebro y provincias adyacentes», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, p. 29. BARANDIARÁN, I. y MORENO, G. (1976), «Die Glockenbecher im Obereu und Mittleren Ebrobecken», *Bussum*, p. 390.

probable por la proliferación de hábitats al aire libre. Dichos poblados no se parecen ya a los modestos asentamientos eneolíticos —que prácticamente no conservan ninguna estructura constructiva— sino que ofrecen unas características reveladoras de unas sociedades organizadas, de índole semi-urbana. Podría decirse que constituyen un reflejo de las grandes civilizaciones urbanas que se desarrollaban por aquel entonces en otros sectores de la geografía peninsular.¹⁷

Por lo que hoy sabemos, la Edad del Bronce altoaragonesa hay que encuadrarla dentro del ámbito cultural del Bronce del Noreste peninsular, con una notable personalidad propia con respecto al resto de los territorios hispánicos. Las influencias del Sureste francés y del Norte de Italia son evidentes y se reflejan en los tipos cerámicos, sobre todo en las asas de apéndice. De nuevo, el Altoaragón se nos muestra receptivo a los estímulos orientales y será por medio de los mismos como recibirá las aportaciones galas e italianas, cuyo camino parece seguirse a través de los pasos pirenaicos catalanes, principalmente por la Cerdaña. No obstante ello, los poblados del llano oscense constituirán un enclave claramente diferenciado dentro de este contexto, cuyo único parangón se encuentra en los asentamientos estudiados en la tierra baja leridana. El horizonte socio-económico que nos presentan estos poblados es privativo de ambas provincias.¹⁸

Es conocida por todos la enorme dificultad que entraña el establecer puntos de contacto entre los covachos pintados y los lugares de habitación. Ello comporta una serie de defectos de información a la hora de atribuir una datación correcta para los primeros. Pese a todo, la totalidad de investigadores especializados se muestran de acuerdo en fechar en la Edad del Bronce

¹⁷ BARANDIARÁN, I. y MARTÍN, M. (1971-72), «Novedades sobre las edades de los metales en Aragón», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, p. 53. BARDAVIU, V. (1920), «Informe acerca de los hallazgos prehistóricos de Sena», *Boletín del Museo de Bellas Artes*, 4, Zaragoza, p. 31; (1921-22), «Excavaciones en Sena», *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 47, Madrid. BARRIL, M. (1979), «Materiales cerámicos en la cuenca del río Sosa (Huesca): una aportación al Bronce Medio-Final del valle del Segre-Cinca», *Memoria de licenciatura*, Madrid. BERGES, M. y SOLANILLA, F. (1966), «La Cueva del Moro en Olvena, Huesca», *Ampurias*, XXVIII, Barcelona, p. 175. DEL ARCO, R. (1920), «Nuevo poblado neolítico de Sena (Huesca)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, LXXII, Madrid. DíEZ CORONEL, L. y PITA, R. (1968), «Urbanismo y materiales del poblado del Bronce de Masada de Ratón, en Fraga», *Caesaraugusta*, 31-32, Zaragoza, p. 101; (1971), «Memorias sobre la excavación del yacimiento de Masada de Ratón», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XIII-XIV, Madrid, p. 192. FERRÉ, R.; QUERRE, J.; SARNY, H. y PITA, R. (1966), «El poblado de Masada de Ratón en Fraga», *IX Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza, p. 150. PANYELLA, A. y TOMÁS, J. (1945-46), «Prospecciones arqueológicas en Sena», *Ampurias*, VII-VIII, Barcelona, p. 91. PITA, R. (1964), «Sobre el poblamiento antiguo en la confluencia del Segre-Cinca», *VIII Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza, p. 365; (1966), «El yacimiento prehistórico de El Puntal, en Fraga», *IX Congreso Arqueológico Nacional*, Zaragoza, p. 191.

¹⁸ MAYA, J. L. (1977), *Lérida prehistórica*, Lérida.

las figuraciones esquemáticas, aunque no existe un acuerdo completo en cuanto a una mayor concreción cronológica para las pinturas de esta clase. En el conjunto ya mencionado de la partida de *Arpán* parece que existe una continuidad de arte a partir de las figuras levantinas, que enlazarán con las representaciones subesquemáticas y esquemáticas. Así, si las primeras pueden considerarse neolíticas, las otras ocuparán sucesivamente los períodos Antiguo, Medio y Reciente de la Edad del Bronce.¹⁹ A este grupo hay que añadir las pinturas de *Lecina*, conocidas ya desde hace tiempo,²⁰ y los recientes descubrimientos efectuados en los alrededores del río Vero: *Cueva de Regacens* y *Los Litonares*, citados ambos con anterioridad, *Corral de Abogado*, en Quizans (Radiquero, Alquézar) y *Tozal da Mallata* (Asque-Colungo) con magníficas escenas excelentemente conservadas.

La Primera Edad del Hierro

Las denominadas invasiones indoeuropeas, que caracterizarán las fases finales del Bronce y las iniciales de la mal llamada I Edad del Hierro, no han sido satisfactoriamente aclaradas y siembran algo de confusión al calibrar su incidencia sobre el poblamiento altoaragonés de la época. La entrada de elementos nuevos a través de los Pirineos parece que no afecta a la parte central de la cordillera a causa de la ya señalada energía de su relieve y que tan sólo tiene lugar a través de los puertos más asequibles de los sectores vasco-navarro y catalán. Desde ambos lados, dichos elementos alcanzarían con relativa rapidez la cuenca media del Ebro y, con ella, la región altoaragonesa. Por enésima ocasión el Altoaragón se abrirá a las relaciones hacia Oriente y hacia Occidente, aunque esta vez dicha circunstancia resulta más teórica que práctica, pues los documentos arqueológicos que poseemos no son lo suficientemente explícitos y no nos proveen de los datos necesarios para comprobar sobre el terreno la veracidad de este esquema hipotético.

En principio, parece que el sistema de vida que nos ofrecían los poblados de la Edad del Bronce asentados en la tierra baja no soporta una transformación ni brusca ni profunda. En muchos casos estos poblados pervivirán durante el nuevo período y asimilarán sus técnicas materiales y sus ritos funerarios. Si existió invasión, ésta no tuvo implicaciones guerreras o destruc-

¹⁹ BELTRÁN, A. y BALDELLOU, V., «Avance al estudio...», *op. cit.*, nota 8.

²⁰ BELTRÁN, A. (1971), «Avance al estudio de las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)», *Homenaje a don José Esteban Uranga*, Pamplona, p. 435; (1971-72), «Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)», *Caesaraugusta*, 35-36, Zaragoza, p. 71; (1972), *Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)*, Zaragoza.

tivas. Por lo demás la incineración de los cadáveres, que se impone de forma total como sistema de enterramiento, obvia cualquier posibilidad de establecer comparaciones antropológicas para dilucidar si realmente hubo o no hubo aportaciones de tipo étnico. Es probable que las hubiera y que, a juzgar por los numerosos topónimos de evolución céltica existentes, éstas tuvieron una procedencia centroeuropea, pero ignoramos por completo el grado cuantitativo de los recién llegados y su mecanismo de integración. Es de suponer que las poblaciones autóctonas, de buena densidad y con una economía floreciente, debieron matizar en gran manera su contenido cultural.

Los poblados pertenecientes a esta época localizados en la tierra baja oscense son numerosos y, aunque no alcanzan todavía el número de los conocidos en la provincia de Lérida, sus características son análogas a las de éstos. Ello parece demostrar que la identidad cultural puesta ya en evidencia durante la Edad del Bronce, persiste todavía en las primeras fases de la del Hierro.²¹

Estas condiciones se refieren únicamente al llano altoaragonés; la montaña, pese a la existencia de elementos característicos en algunas cuevas, ha dejado ya de ostentar la supremacía cultural de la que había hecho gala en los primeros tiempos de la Prehistoria. Puede decirse que la tierra alta, a partir de la plena Edad del Bronce, había perdido definitivamente su protagonismo y que ya no volverá a recuperarlo en lo sucesivo. Este acentuado dualismo conocerá su paralelo en la segunda Edad del Hierro, pues mientras las tierras bajas se integrarán plenamente en la civilización ibérica, la zona alta seguirá con sus formas de vida arcaizantes y se verá ocupada por pueblos semisalvajes de cultura muy inferior. Las fuentes escritas son muy explícitas al respecto y los datos arqueológicos vienen a confirmarlas totalmente.

²¹ BARRIL, M., «Materiales cerámicos...», *op. cit.*, nota 17. BELTRÁN, A., «Revisión de la Arqueología...», *op. cit.*, nota 17. DÍEZ CORONEL, A. y PITA, R., «Urbanismo y materiales...», *op. cit.*, nota 17; «Memoria sobre la...», *op. cit.*, nota 17. DOMÍNGUEZ, A. (1975), «Nuevos hallazgos prehistóricos en Chalamera (Huesca)», *Miscelánea arqueológica dedicada a Antonio Beltrán*, Zaragoza, p. 187. MALUQUER, J. (1942), «La cerámica con asas de apéndice de botón y el final de la cultura megalítica del Noroeste de la Península», *Ampurias*, IV, Barcelona, p. 173. MAYA, J. L., «Lérida Prehistórica», *op. cit.*, nota 18. RAURET, A. (1976), *La metalurgia del Bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*, Barcelona.